

Una "Balsa" confusa que muestra buenas actuaciones

Estuvimos durante toda la obra esperando que pasara algo. Algo que nos explicara el por qué de "La Balsa de la Medusa", del autor chileno Egon Wolff y que estrenó anoche el Teatro de la Universidad Católica. Esto porque la parte formal del asunto, la presentación del argumento: un misterioso personaje que invita a su mansión siniestra a un grupo de selectos invitados que no conoce a vivir una aventura de placer, ya ha sido bastante usada en el teatro, las películas y las novelas.

También, porque a través de lo que vimos en el primer acto, de esta pieza teatral que tiene tres y que dura casi tres horas, no percibimos nada o casi nada de aquello irreal, onírico y de suspenso que se ofrece en el programa. Vimos personajes que actuaban muy resolutamente, que estaban caracterizados en forma tan obvia que bastaba mirarlos para saber quien era dultón, materialista, neurótico, homosexual, reprimido o mandón.

Además, en los diálogos podemos observar muchas conclusiones particulares del autor sobre la burguesía y su devenir en la vida, con mucha conversación explicativa de conductas, pero sin que existiera la acción, que es el motor de una obra teatral, por lo menos cuando lo expuesto no es absolutamente original y muy por el contrario algo bastante escuchado y visto, como es el caso de "La balsa de la Medusa".

VUELTA ATRAS

Estos invitados especiales y sus afirmaciones (el dueño de casa y su mayordomo) exponen, a través de sus parlamentos, ideas y dudas —en un supuesto estado de nido— que ya han sido superadas por muchos trabajos anteriores y que hacen que la creación de Wolff aparezca caduca, pasada de moda, obsoleta. Además, entre las dudas hay algunas casi de adolescente y entre las conclusiones, varias que son reiteraciones de cosas que

el espectador ya entendió en los minutos previos a las explicaciones obreras de los personajes.

Hay una muerte de reiteración, de vuelta atrás. Por poner un ejemplo, cuando Mario Cruz (Eduardo Baidani) es presentado como homosexual por Carla (Silvia Piñero) el espectador hace rato que ya lo sabe. Además hay unas premoniciones que echan a perder escenas posteriores. Luisa (Silvia Santelices) predice en el primer acto que seguramente el mayordomo dominará al dueño de casa, como pasa en estas historias macabras, y es eso exactamente lo que uno tiene que concluir al principio del segundo acto. Sin duda, Luisa con esa frase anterior sólo quita fuerza a lo que se verá después.

De estas cosas está plagada la puesta en escena. Sólo hay momentos logrados. No hay un total que meta al espectador en el juego, que lo apasione, que lo interese. Para los espíritus sensibles serán hermosos algunos pasajes ofrecidos por Carla, para otros los conseguidos por Mario Cruz y Luisa o por el primero y Javier (Alberto Vega) o —el más impactante— cuando se forma "La balsa de la Medusa", punto en que la obra pudo haber concluido. Hay allí un climax máximo.

SOSTEN

Sin embargo, el suspenso que el tema podría dar al público no está. No se cree en la situación que viven los personajes. Buena falta. Tal vez porque a través de un lenguaje muchas veces intelectualizado —de palabras y términos difíciles o poco comunes— se produce incomunicación. Se construye solitaria, cuando esta especie de examen de conciencia,

de purgatorio quisiera, para la burguesía necesitaba de algo más directo, más simple y entendible para el común de los mortales.

Pensamos que por lo expuesto, la obra se sostiene en las actuaciones. El reparto, de peso teatral innegable, da atractivo al montaje. Uno concluye que Silvia Piñero es una gran actriz y que Gloria Münchmayer, quien tiene al personaje más completo en sus manos, ofrece una tremenda demostración de sus condiciones híbridicas. Está sobresaliente.

El joven Rodrigo Álvarez, como "Conrado, el mayordomo", convence plenamente, como también lo hacen Silvia Santelices, Luis Alarcón y Soledad Alonso. Carmen Barros nos pareció algo chabante,

pero pensamos que es porque su rol tiene una línea muy difícil de seguir y de pronto aparece como virado en 180 grados. Eduardo Baidani compone con sobriedad y eficacia su rol, al igual que Roberto Navarrete.

Juan Carlos Bistotto es algo melodramático, mientras Alberto Vega, con un personaje ambiguo, da sensación de sobreactuación, y Arnaldo Berrios evidencia serios problemas de modulación.

Los mendigos, que son cuatro alumnos de la Escuela de Teatro de la UC, aparecen muy por debajo de los anteriormente nombrados y a excepción del que siempre se queda atrás, muestran una dicción malísima. No se les cree como personajes contrastantes. Se ven disfrazados.

LENTO

La dirección de Héctor Noguera está encaminada a resaltar a cada actor en su



Comenta

Italo Passalacqua C.



Silvia Piñero y Eduardo Baidani ofrecen un trabajo interesante.

momento, provocando silencios demasados artificiales en el primer acto, cuando se supone que todos vienen eufóricos de otra fiesta y también dejando la sensación que el ritmo, en algunos instantes, se pudo haber acelerado un tanto en beneficio del espectador. No hay que olvidar que la obra dura casi tres horas y que es peligroso que el público naufrague pasados los primeros 90 minutos.

Vestuario y escenografía nos reflejaron débilmente el clima de mentes divagantes que "La balsa de la Medusa" debió ofrecer. Suponemos que obedecen a la línea general dada al montaje por el director y en la cual, ante lo zigzagante del texto, sólo prevalece en el espectador las imágenes entregadas por las buenas actuaciones de la mayoría de los miembros del elenco.

Una "Balsa" confusa que muestra buenas actuaciones
[artículo] Italo Passalacqua C.

AUTORÍA

Passalacqua, Italo, 1945-2018

FECHA DE PUBLICACIÓN

1984

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Una "Balsa" confusa que muestra buenas actuaciones [artículo] Italo Passalacqua C. retr.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile